

## LENGUAJE Y FILOSOFÍA EN EL SIGLO XII: JUAN DE SALISBURY

*César Raña Dafonte*  
Universidad de Santiago de Compostela

El siglo XII tiene en pleno medievo una frescura y fecundidad especial. Mucho de lo desarrollado en los siguientes está allí en germen. Entre los acontecimientos sociales más relevantes del siglo está el desplazamiento del centro de la vida cotidiana a los núcleos urbanos. Esto va a condicionar la vida material e intelectual, en relación con lo que ha sido la vida rural de la época feudal. En el aspecto cultural hay que destacar el auge de las escuelas urbanas, inicialmente catedralicias, con respecto a las escuelas monacales de los siglos anteriores. La actividad de las escuelas va a fructificar especialmente en teología y filosofía. Las principales escuelas estaban ubicadas en Francia, en torno a París. Entre ellas cabe mencionar las de Chartres, San Víctor, Santa Genoveva y Nuestra Señora. Los estudios progresan en cantidad y calidad. El método se consolida en lo que podemos denominar “discusión metódica” (“disputatio”), fruto del comentario (“lectio”) y de los problemas (“quaestio”) que la lectura hacía emerger. En este ambiente intelectual de las escuelas, con tanta vitalidad, brotaron figuras de gran relieve. Destacan, entre otros muchos, Pedro Abelardo y Juan de Salisbury.

Consecuencia de la actividad escolar será, ante todo, la nueva concepción de la razón como intérprete de la realidad y no sólo instrumento para la aclaración de las creencias religiosas. La naturaleza deja de ser considerada como mero símbolo, reflejo visible del Dios oculto. Se la considera como una estructura racional digna de ser estudiada. Por otra parte, el inicio de contactos con pensadores árabes, sobre todo a través de la Península Ibérica, y la noticia de sus aportaciones exige y promociona la tarea de traducción de las

obras de la ciencia griega y árabe, y luego de las obras filosóficas. Todo esto motiva, a lo largo del siglo XII, un verdadero y creciente renacer cultural que se inicia en las escuelas de la primera mitad del siglo, sobre todo en Chartres, y continúa durante todo el siglo en las otras escuelas citadas.

### **JUAN DE SALISBURY TESTIGO Y EXPONENTE DEL RENACER CULTURAL DEL SIGLO XII**

En el ambiente que acabamos de reseñar emerge la figura de nuestro autor que brillará con luz propia, y que nos informará de modo generoso sobre el saber y la cultura del siglo XII. Aunque no disponemos de datos definitivos de que haya sido alumno en Chartres, es más que probable que frecuentase esta renombradísima escuela. Lo que sí es indudable es su total adhesión al espíritu chartriano según se refleja en sus obras. De su estancia y estudios realizados en las principales escuelas estamos bien informados gracias a un conocido capítulo del libro segundo de *Metalogicon*, en donde realiza una presentación detallada de su formación, así como de sus maestros durante doce años en las escuelas francesas del momento. Termina este interesante capítulo autobiográfico con la descripción de una visita a sus primeros centros de estudio, y le produce una inmensa decepción ver a varios condiscípulos discutiendo de lo mismo, sin progreso ni renovación alguna, después de doce años:

«Siendo todavía un adolescente emigré a las Galias para estudiar, al año siguiente de morir el rey de Inglaterra Enrique, y me dirigí primeramente al Peripatético Palatino (P. Abelardo), eminente doctor en Santa Genoveva que destacaba sobre todos. Allí, a su lado, recibí la primera instrucción de dialéctica, y con avidez escuchaba todo lo que decía. Después de su marcha, que me pareció precipitada, me encaminé al maestro Alberico que era muy considerado como dialéctico, y se oponía radicalmente a la secta nominalista. Así durante dos años tuve como docentes de dialéctica a Alberico y Roberto Meludense, que era originario de Inglaterra [...]. No había otros dialécticos más perspicaces en las discusiones que ellos [...]. Con ellos estuve durante dos años [...]. Después teniendo en cuenta mis aptitudes, y consultando a mis preceptores me trasladé a estudiar con el gramático de Conches, y fui su oyente durante tres años. Entre tanto leí muchísimos libros, y nunca me arrepentí de esta actividad. A continuación me encaminé a estudiar

con Ricardo Obispo, hombre no especialista en ninguna disciplina concreta, que tenía más corazón que ciencia. Con él repasé lo que ya había estudiado, y también me introduje en algunos temas del cuadrivio, de los que ya había recibido alguna noción de Hardewino el Teutónico. También repasé la retórica, que antes había visto parcamente con el maestro Teodorico, y había asimilado muy poco. Posteriormente llegué a dominarla con Pedro Elías. Dada mi precaria economía, varios amigos me facilitaron poder subsanarla impartiendo clases a hijos de nobles, lo cual me exigió actualizar mis conocimientos [...]. Después del trienio me encontré con el maestro Gilberto, con él estudié la lógica y la teología. Le sucedió Roberto Pullo, interesante por su ciencia y actitud. [...]. De este modo estuve ocupado en mis estudios durante doce años. Me pareció grato visitar a mis antiguos compañeros que todavía permanecían en el monte (de Santa Genoveva) dedicados a la dialéctica, y hablar con ellos de las vivencias juveniles, para que nos confortase a todos. Allí encontré a muchos de entonces. No habían progresado ni un palmo de terreno. Discutían las mismas cuestiones de nuestros tiempos juveniles [...]. Me vi profundamente decepcionado. Me confirmé en algo que tenía muy claro: así como la dialéctica es sumamente interesante para progresar en otros saberes, si se encierra en sí misma, resulta estéril y vacía; y no fecunda al alma para la filosofía, si no toma contenidos de otros saberes»<sup>1</sup>.

## LENGUAJE, FILOSOFÍA Y ARTES LIBERALES

La formación académica en el siglo XII giraba en torno a las *artes liberales*, especialmente el *trivium*. En él se estudiaba lo referente a la formación literaria y filosófica que, como veremos, estaban indisolublemente unidas. Separar el dominio del lenguaje de los estudios filosóficos era considerado un desvarío.

Las *artes liberales*, que constituían una parte esencial de la educación en la Edad Media, tienen sus orígenes en la antigüedad griega. El orador Isócrates (contemporáneo de Platón) considera que su estudio debía de ser prope-

---

<sup>1</sup> J. DE SALISBURY, *Metalogicon*, II, 10; PL; 199, 867 B-869 B. (En lo sucesivo citaré el *Metalogicon* con la sigla "M"; las siglas "PL" se refieren a la *Patrologia Latina* de J. P. MIGNE, indicando a continuación volumen y columnas).

déutico para la filosofía. En la antigüedad tardía se perdió este carácter propedéutico de las *artes liberales*, cuando la filosofía dejó de ser considerada disciplina científica. En el ocaso de la antigüedad el patrimonio del saber quedó así limitado a *las artes liberales*. Entre tanto había quedado fijado su número septenario, y establecido su orden de progresión. Uno y otro se conservarán a lo largo de la Edad Media: gramática, retórica, dialéctica; aritmética, geometría, música, astronomía. Boecio asignó a las cuatro últimas artes el nombre común de *quadrivium* (“cuatro vías”). Las tres primeras desde el siglo IX se denominaron *trivium* (“tres vías”). La obra del africano gentil Marciano Capella (escrita entre 410-439) sobre las artes liberales sirvió de norma a toda la Edad Media. Capella revistió su obra de un ropaje novelesco y le dio el título *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (“Bodas de la Filología y Mercurio”). Alternan el verso y la prosa (con predominio de ésta). Los dos primeros libros de la obra son más bien novelescos. Sus personajes y motivos reaparecen en muchas obras medievales, sobre todo en el siglo XII. Se narra que los dioses no han dado esposa a Mercurio. Apolo le recomienda a la bellísima doncella Filología, concedora del Parnaso, del cielo y de los secretos del infierno; versada en toda sabiduría. Un concilio de dioses aprueba el deseo de Mercurio y decide elevar a Filología al rango de divinidad. Filología es llevada al cielo, y a su llegada recibe como regalo de novia las siete artes liberales. A cada una de ellas dedicará el autor un libro de la obra. De acuerdo con el gusto reinante, las artes son figuras femeninas, diferenciadas por el vestido, el tocado y los atributos. La gramática es una mujer muy anciana; la retórica, una mujer muy hermosa, y así se van presentado las demás. Estas figuras alegóricas y sus atributos son frecuentísimos en el arte y poesía medievales. Aparecen, entre otros lugares, en la fachada de las catedrales de Chartres y Laón, en Nuestra Señora de París, etc.<sup>2</sup>

Decíamos anteriormente que Juan de Salisbury es un testigo de excepción de la actividad escolar y desarrollo de la filosofía en el siglo XII. Sus numerosos escritos son un documento inestimable para conocer los niveles del saber en su época. Sus obras máximas tanto literaria como informativamente son *Policraticus* y *Metalogicon*. Mi exposición se basará en ellas casi exclusivamente, de modo especial, en el *Metalogicon*.

---

<sup>2</sup> Cfr. E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media Latina*, F. C. E., México, 3ª reimp., 1981, vol. I, pp. 63-66.

## JUAN Y LOS MAESTROS DE CHARTRES

Las figuras más señeras que rigen los destinos de la Escuela de Chartres en la primera mitad del siglo XII son Bernardo († 1130), Gilberto Porretano († 1154), y Teodorico († 1155), hermano de Bernardo. De todos ellos estamos bien informados gracias a Juan de Salisbury. De modo especial las alusiones al maestro Bernardo son frecuentes, completando una excelente presentación del mismo, como un docente excepcional:

«Cuantas más disciplinas se conozcan y cuanto más profundamente se impregne uno de ellas, más plenamente se captará la perfección de los autores (antiguos) y más claramente se los enseñará. Éstos, gracias a la diacrisis, palabra que podemos traducir por ilustración o coloración, y partiendo de la materia bruta de una historia, de un tema, de una fábula, con la ayuda de todas esas disciplinas y de un gran arte de la síntesis y de la razón, hacían de la obra terminada como una imagen de todas las artes. La gramática y la poesía se mezclan íntimamente y abarcan toda la extensión del tema. Sobre ese campo, la lógica, al aportar los colores de la demostración, infunde sus pruebas racionales con el esplendor del oro; la retórica en virtud de la persuasión y del brío de la elocuencia imita el brillo de la plata. La matemática, arrastrada por las ruedas de su cuadriga, pasa sobre las huellas de las otras artes y deja en ellas con una infinita variedad sus colores y sus encantos. La física, habiendo penetrado los secretos de la naturaleza, aporta la contribución del múltiple encanto de sus matices. Por fin, la más eminente de todas las ramas de la filosofía, la ética, sin la cual no hay filósofos ni siquiera de nombre, sobrepasa a todas las demás por la dignidad que confiere a la obra. Estudia atentamente a Virgilio o a Lucano y cualquiera que sea la filosofía que profeses, comprobarás que puedes acomodarla a ellos. En esto, según la capacidad del maestro y la habilidad y celo del alumno, consiste el provecho de la lectura previa de los autores antiguos. Éste era el método que seguía Bernardo de Chartres, la más abundante fuente de las bellas letras en la Galia de los tiempos modernos»<sup>3</sup>.

Pretendía formar a sus alumnos más que abrumarlos con datos y erudición. Como gramático cultivaba no sólo el estilo, sino también la conciencia

---

<sup>3</sup> M, I, 24; PL, 199, 854 A-C.

moral de sus discípulos. Insistía en que el contacto con los grandes escritores de la antigüedad clásica resultaba muy fructífero, pero no para quedarse anclados en el pasado, sino para abrirse al presente y futuro. De ahí la célebre comparación de los enanos sobre los hombros de gigantes que con tanto éxito utilizaba el insigne maestro: “Decía Bernardo carnotense que nosotros somos como enanos montados sobre los hombros de gigantes, para poder contemplar más cosas y más alejadas que los antiguos; pero no ciertamente por nuestra mayor agudeza visual, o por nuestra mayor estatura, sino porque somos llevados y elevados a lo alto con su gigantesca altura”<sup>4</sup>.

De los otros maestros citados, nos interesa especialmente Teodorico por la información que nos proporciona sobre las enseñanzas que se dispensaban en Chartres. En la presentación de su conocida obra *Heptateuchon* escribe: “Al manual de las siete artes liberales le nombraban *Heptateuchon* los griegos: Marco Varrón fue el primero entre los latinos, que lo compuso, después de él Plinio, luego Marciano Capella; ellos lo sacaron de sí mismos. En cuanto a nosotros, hemos dispuesto con cuidado y orden, en un solo cuerpo, no nuestras obras, sino las de los principales doctores sobre las artes, y hemos unido, y en cierto modo casado, el *trivium* con el *quadrivium*, para acrecentar la noble tribu de los filósofos [...]. Para filosofar, se necesitan dos instrumentos: el espíritu y su expresión; el espíritu se ilumina por el *quadrivium*; su expresión, elegante, razonadora, adornada, es proporcionada por el *trivium*. Es, pues, manifiesto que el *Heptateuchon* constituye el instrumento propio y único de la filosofía”<sup>5</sup>. Después de esta bella introducción, nos presenta las obras en que se basaba la enseñanza de las artes liberales, y al mismo tiempo pone de manifiesto el rico horizonte intelectual y curiosidad de los pensadores de la primera mitad del siglo XII: los tratados de Donato y de Prisciano constituían la base de la enseñanza de la gramática; Cicerón y Marciano Capella eran los básicos para la retórica; Boecio y la casi totalidad del *Organon* aristotélico, para la dialéctica; Boecio, Isidoro de Sevilla, Gerberto, Ptolomeo, entre otros, figuran, al menos fragmentariamente, como base del *quadrivio* (aritmética, geometría, astronomía y música)<sup>6</sup>. Igual que su hermano Bernardo y los demás chartrianos defendieron con ardor la cultura clásica.

---

<sup>4</sup> M, III, 4; PL, 199, 900 C.

<sup>5</sup> P. VIGNAUX, *El pensamiento en la Edad Media*, F.C.E., México, 4ª reimp., 1983, p. 24.

<sup>6</sup> E. GILSON, *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid, 3ª reimp., 1982, p. 252.

Este espíritu de curiosidad, investigación y renovación irritaba a los tradicionalistas, anclados en el pasado. Uno de ellos, Guillermo de Saint-Thierry († 1148), escribe a San Bernardo de Claraval denunciando la existencia de gentes que explican la creación del primer hombre no partiendo de Dios, sino de la naturaleza. A esto le replica el chartriano Guillermo de Conches: “Ignorando las fuerzas de la naturaleza, ellos quieren que permanezcamos atados a su ignorancia, nos niegan el derecho a investigar y nos condenan a permanecer como palurdos en una creencia sin inteligencia”<sup>7</sup>.

El naturalismo de Chartres, que tanta resonancia tendrá en todo el siglo XII, supone la convicción de que la naturaleza tiene un inmenso poder. Es una potencia fecundante, de recursos inagotables. Así, se funda el optimismo naturalista del XII, siglo de desarrollo y expansión. La naturaleza es también el conjunto de todas las cosas organizado racionalmente, con leyes cuya existencia hace posible y necesaria una ciencia racional del universo. Por supuesto que Dios creó la naturaleza, pero respeta las leyes que le imprimió, y como escribe Guillermo de Conches: “Lo que importa, no es el hecho de que Dios haya podido hacer esto o aquello, sino examinar esto o aquello, explicarlo racionalmente, mostrar su finalidad y utilidad”<sup>8</sup>. Sin duda el siglo XII está aún lleno de símbolos, pero sus intelectuales ya hacen inclinar la balanza hacia la ciencia racional.

Al lado del espíritu naturalista, cabe resaltar el espíritu humanista de Chartres. No sólo en el sentido de que apela a la cultura clásica, sino y, sobre todo, porque coloca al hombre en el centro de su ciencia, de su filosofía y de su teología. El hombre es el centro de la creación; esta tesis de Chartres la vulgarizó Honorio de Autún en un célebre pasaje:

«No hay otra autoridad que la verdad probada por la razón; lo que la autoridad nos enseña a creer la razón nos lo confirma por sus pruebas. Lo que la autoridad evidente de las Escrituras proclama, la razón discursiva lo prueba: aún cuando todos los ángeles hubieran permanecido en el cielo, el hombre habría sido así y todo creado con toda su posteridad. Pues este mundo ha sido hecho para el hombre, y por mundo entiendo el cielo, la tierra y todo lo que está contenido en el universo; de manera que sería un absurdo creer que

---

<sup>7</sup> J. LE GOFF, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 59.

<sup>8</sup> J. LE GOFF, *Op. cit.*, p. 61.

si todos los ángeles hubieran subsistido, el mundo no habría sido creado para quienes, según leemos, el universo fue creado»<sup>9</sup>.

Podemos afirmar que los pensadores del XII están convencidos de hacer algo nuevo. No en vano repiten la palabra “modernos” (*moderni*) para referirse a los escritores del momento. Pero son modernos que en modo alguno rechazan a los antiguos. Como escribe J. Le Goff: “Los antiguos son utilizados para ir más lejos, así como los navíos italianos utilizan el mar para ir a las fuentes orientales de riqueza”<sup>10</sup>.

### EL ENEMIGO A COMBATIR: CORNIFICIO

Ante la dificultad que los estudios implicaban, surge en el siglo XII un movimiento con bastante resonancia que se oponía al sacrificio y exigencia renovadora. El personaje que simboliza esta actitud es Cornificio (“Cornificius”). Aunque hubo intentos de identificarlo con personas concretas, lo más probable es que se trate de un mero nombre simbólico.

Juan defiende enérgicamente la formación y el estudio profundos, de modo especial la preparación literaria y, dentro de la misma, la elocuencia. Cornificio y sus secuaces se mofaban de tales estudios. Según ellos la naturaleza, madre generosísima (“clementissima parens”<sup>11</sup>) nos equipa de todo lo necesario, y así nos dota de razón y capacidad de hablar. En resumen, la naturaleza provee y basta: “Las reglas de la elocuencia son superfluas, porque la elocuencia o se posee de modo natural o se carece de la misma”<sup>12</sup>. Por tanto, sólo la praxis (y no los estudios) nos hace elocuentes<sup>13</sup>. Por otra parte, insisten los cornificianos en que el auténtico saber es sobre la realidad, no sobre las expresiones, por ello no hay que mezclar lo heterogéneo. Las reglas de la elocuencia más bien entorpecen el estudio de la realidad: “la filosofía debe prescindir en sus obras de los preceptos de la elocuencia”<sup>14</sup>. Nuestro autor se opone con toda rotundidad a esta actitud. Los cornificianos pretendían

---

<sup>9</sup> J. LE GOFF, *Op. cit.*, p. 62.

<sup>10</sup> J. LE GOFF, *Op. cit.*, p. 30.

<sup>11</sup> M, PL, 199, 825 C.

<sup>12</sup> Ib., 834 B.

<sup>13</sup> Ib., 833 D.

<sup>14</sup> Ib., 834 B.



hacerse filósofos de repente. Cualquier analfabeto casi no necesitaba permanecer en las escuelas más tiempo que el que tarda en adquirir plumas un polluelo (“*Avium pulli plumescunt*”<sup>15</sup>). Insistiendo en una comparación similar, afirma que los cornificianos pretendían estar instruidos “en el mismo tiempo que un pájaro tarda en salir volando del nido”<sup>16</sup>.

Después de algún tiempo muchos cornificianos, decepcionados, se corrigen. Pero hay otros que son pertinaces en su locura. Incluso algunos se deciden por la medicina y muy pronto la experiencia los refuta, y tienen que abandonar tal profesión<sup>17</sup>. Lo peor es que Cornificio tiene maestros (“Hay docentes que promueven esta actitud”) y discípulos (“tiene multitud de ignorantes seguidores”<sup>18</sup>). La actitud de Cornificio no sólo “rechaza la elocuencia, socava todas las artes liberales, todos los estudios filosóficos”<sup>19</sup>. De ellos opinaba un conocido maestro del saresberriense: “Solía el maestro Gilberto, a la sazón Canciller de Chartres [...] no sé si con humor, o compadeciéndose de su insensatez, al verlos acudir a este tipo de estudios, recomendarles que se dedicasen a panaderos (“*artem pistoriam*”), que es una profesión muy rentable para quienes no sirven para los estudios”<sup>20</sup>. Podemos sintetizar las argumentaciones de Juan contra esta actitud del siguiente modo: los cornificianos no distinguen entre las cualidades naturales y el perfeccionamiento de las mismas. Precisamente las reglas de la elocuencia son de gran utilidad para perfeccionar lo que la naturaleza aporta, al proporcionarnos un camino sencillo. Esperar que la naturaleza lo haga todo es una insensatez<sup>21</sup>. En lo que se refiere a la separación entre el conocimiento de la realidad y la elocuencia, tampoco lo considera razonable; pues la elocuencia ayuda a aprender y a comunicar los conocimientos. Es, pues, totalmente negativo eliminar la elocuencia de los estudios filosóficos. De algún modo se remacha todo lo dicho contra Cornificio con las siguientes palabras (ya citadas anteriormente):

---

<sup>15</sup> Ib., 829 C.

<sup>16</sup> Ib., 829 C.

<sup>17</sup> Cfr. M, PL 199, 830 C.

<sup>18</sup> Ib., 828 C, 828 B.

<sup>19</sup> Ib., 827 C.

<sup>20</sup> M, I, 5; PL, 199, 832 A-B.

<sup>21</sup> M, I, 9; PL, 199, 837 A.

“Aunque a simple vista parece que rechaza sólo la elocuencia, socava todas las artes liberales y todos los estudios filosóficos”<sup>22</sup>.

## ESPECIAL DEFENSA DEL TRIVIO

La nueva concepción medieval de la razón (que se inicia en el siglo XII y que llegará a su plenitud en el XIII) aparece con toda nitidez en las siguientes palabras: “La razón tiene capacidad natural para examinar las cosas con juicio firme y sincero”<sup>23</sup>. En esta inspección de la realidad (objetivo de la investigación racional) es muy importante seguir una estrategia adecuada, un método eficaz. Este método lo constituyen las artes liberales, y en especial el trivio, que son la creación de la razón para facilitar y llevar a término la investigación racional. De ahí la definición de arte (“ars”): “Es un sistema o estrategia inventado por la propia razón para facilitar y economizar la realización de lo que es posible naturalmente” (“Est autem ars ratio quae compendio sui naturaliter possibilium expedit facultatem”<sup>24</sup>). Entre los géneros de artes ocupan un lugar primordial las artes liberales, el trivio y el cuadrivio. El trivio se refiere al lenguaje, el cuadrivio al conocimiento de los secretos de la naturaleza (“Ratio trivii omnium vim sermonum [...], quadrivii lex totius naturae secreta exponebat”<sup>25</sup>). En este contexto nos recuerda el autor lo que es el talento o ingenio: “El ingenio es cierta fuerza del alma que posee por naturaleza, y que tiene valor por sí mismo”<sup>26</sup>. De estas nociones se desprende la doctrina de Juan sobre el origen del arte: proviene radicalmente de la naturaleza, pero es necesaria la actividad, el esfuerzo personal. La naturaleza, en efecto, nos provee con ingenio, sentidos, memoria y razón. Con todo esto podemos tener una experiencia humana; es decir, partiendo de las cualidades innatas, uniendo el ejercicio y la actividad personal, llegamos a la cualidad adquirida, o habilidad artística. Los poderes naturales son el fundamento e instrumento de todas las artes. He aquí el sentido de las afirmaciones sobre el origen natural de las artes liberales. Ya en *Policraticus* había escrito:

---

<sup>22</sup> M, I, 1; PL, 199, 827 C.

<sup>23</sup> M, III, 15; PL, 199, 924 D.

<sup>24</sup> M, I, 11; PL, 199, 838 A.

<sup>25</sup> M, I, 12; PL, 199, 839 D.

<sup>26</sup> M, I, 11; PL, 199, 838 B.

“Todo arte tiene su origen en la naturaleza, y su desarrollo, en la experiencia y en la razón”<sup>27</sup>.

Aunque Juan de Salisbury estudió todas las artes liberales, su afición y especialidad es el trivio. M. Brasa sintetiza esta faceta con palabras muy precisas: “Las artes del *Trivium* (gramática, retórica y dialéctica) son especialmente provechosas para la investigación racional de la realidad sensible ya que nos permiten, a la vez, recibir y comunicar conocimientos; es decir, nos confieren la facultad de la elocuencia mediante la cual podemos expresarnos apropiada y eficazmente y argüir convincentemente a favor de nuestras opiniones”<sup>28</sup>. En cierto sentido la defensa y exposición del trivio es una especie de discurso sobre el método, pues las artes del trivio son como una fuente de métodos directos y sencillos para el aprendizaje. En este contexto hay que situar la defensa de la elocuencia, a la que tanto denigraban los cornificianos. Entiende por elocuencia: “la facultad de expresar adecuadamente lo que la mente quiere aclarar”<sup>29</sup>. Según señala el propio Juan, con esta facultad “lo que es íntimo y personal se comunica a otros, se saca a la luz pública”<sup>30</sup>. Insiste en que no es elocuente el que habla mucho, sino el que expresa adecuadamente sus pensamientos. Por otra parte, la elocuencia es muy útil en cualquier rama del saber: “Quien conozca con perfección la elocuencia será experto en cualquier rama del saber a la que se dedique”<sup>31</sup>.

Dado el ambiente del saber en los tiempos de Juan, que era un saber fundamentalmente de libros (de ahí la enorme importancia de la “lectio”), no es insólita su postura sobre la elocuencia. Y, dado que la gramática es base imprescindible, de ahí el enorme interés de la misma. La gramática “es la ciencia que nos enseña a hablar y escribir correctamente, es el origen de todas las artes liberales”<sup>32</sup>. Es tal la importancia que le atribuye a la gramática y a su estudio que no duda en afirmar que un filósofo que no la conozca es algo así como un ciego y sordo para la actividad filosófica:

---

<sup>27</sup> J. de SALISBURY, *Policraticus*, Ed. Nacional, Madrid, 1984, p. 178.

<sup>28</sup> M. BRASA, “Las artes del lenguaje en Juan de Salisbury” en *La Ciudad de Dios*, vol. CXCIII, nº 1, 1980, p. 19.

<sup>29</sup> M, I, 7; PL, 199, 834 B.

<sup>30</sup> Ib., 834 D.

<sup>31</sup> J. DE SALISBURY, *Entético*, PL, 199, 973 A, versos 363-364.

<sup>32</sup> M, I, 13; PL, 199, 840 A.

«Es claro que la gramática modela la mente, y es útil para la enseñanza de cualquier materia; por ello todas las disciplinas le son deudoras. Hay entre nosotros quienes la consideran inútil y se glorían de no estudiarla, pero más que hablar, gorjean (“garrunt”). Sin embargo Gayo César, muy versado en filosofía y en la elocuencia, la considera esencial para ambas. Quintiliano la recomienda de tal manera que, según él, la práctica gramatical y la lectura se ha de cultivar toda la vida, no sólo en los años de acudir a las Escuelas. En efecto, enseña a comprender y a expresarse [...], enseña la correcta pronunciación en verso y en prosa [...]. Nos orienta para escribir correctamente [...]. Por tanto si aporta tan gran utilidad, y es la clave para interpretar los escritos y los discursos, en cuanto es madre y testigo del lenguaje correcto, nadie puede excluirla de los estudios filosóficos, a no ser quien considere superflua la intelección justa de los dichos y escritos en la tarea del filósofo. Quienes la desprecian se hacen ciegos y sordos para los estudios de filosofía»<sup>33</sup>.

Insistiendo en la importancia del cultivo y dominio del lenguaje para la actividad filosófica y para la comunicación en general, proclama el saresberriense la unión indisoluble entre palabra y reflexión:

«Así como no sólo es temeraria, sino también ciega una elocuencia a la cual no ilumina la razón, así la sabiduría que no se beneficia de la palabra es no sólo endeble, sino también, en cierto modo, incompleta; aunque a veces una sabiduría sin palabras puede ayudar al consuelo de la propia conciencia, raramente y poco ayuda a la sociedad humana. En efecto, la razón, madre nutricia y custodia de la ciencia y la virtud, que concibe máximamente gracias al verbo y que por el verbo genera los frutos más generosos y útiles, quedaría estéril o infecunda si no expresase los logros de su concepción con el uso de la palabra y no rindiera cuentas a los hombres de aquello que alcanzó el prudente movimiento del alma. Es ésta aquella dulce y fructífera unión de la razón y la palabra que hizo nacer tanta ciudad ilustre, concilió y asoció tantos reinos, unió tantos pueblos y los ligó con la caridad, de forma tal que debe ser juzgado enemigo público aquel que se esfuerza en separar lo que Dios unió para la utilidad de todos. [...]. Sin la elocuencia los hombres se embru-

---

<sup>33</sup> M, I, 21; PL, 199, 851 C- 852 B.

tecen, y las ciudades parecerán más recintos de rebaños que asambleas de hombres»<sup>34</sup>.

Termino esta presentación del tema lenguaje y filosofía en Juan de Salisbury con estos hermosos versos de su *Entético*:

«Quien conozca perfectamente el arte de la expresión,  
será perito en cualquier doctrina a la que lo aplique.  
La afanosa juventud sale de estos estudios  
y entra en las diversas vías filosóficas,  
las cuales tienden unánimemente a un solo fin,  
pues la filosofía no tiene sino una cabeza»<sup>35</sup>.

---

<sup>34</sup> M, I, 1; PL, 199, 827 AD.

<sup>35</sup> “Eloquii si quis perfecte noverit artem, / quodlibet apponas dogma, peritus erit. / Transit ab his tandem studiis operosa juvenus / perguit et in varias philosophando vias, / quae tamen ad finem tendunt concorditer unum, / unum namque caput Philosophia gerit” (*Entheticus*, Pl, 199, Col. 973, versos 363-368). Para una visión de conjunto sobre la obra y pensamiento del saresberriense, cfr. mi libro *Juan de Salisbury (1110/20-1180)*, Ed. del Orto, Madrid, 1999.